

CUENTOS, POEMAS Y MÁS ...

Ilustrado por Cecilia Codoni

Plan Provincial
de Lecturas
y Escrituras



RAMÓN PAEZ

Nació en 1976 en la ciudad de Buenos Aires. Es profesor de Historia egresado de la UBA y trabaja como docente. Disfruta con la Literatura Infantil y Juvenil. Adora escribir y dar clases. Tiene cuentos publicados en revistas para chicos como Billiken y en la antología "Soñar despiertos" de la editorial SM. Es autor del libro álbum Humo, ilustrado por Paula Adamo, que en 2019 recibió un premio como destacado de ALIJA.

LA PIEDRA

Siempre me gustó el mar y todo lo que significa. En principio, vacaciones. Nada de horarios ni tareas, nada de aprender, tratar de lograr las mejores calificaciones. Mar era libertad. Libertad de perderse entre los médanos, de caminar hasta que las piernas pidieran por favor regresar, siempre con la posibilidad de llegar a otras playas y descubrir nuevos paisajes. Un departamento en el centro de la capital no es el mejor lugar para alguien que le gusta el horizonte abierto. Y para mí el mar también era un horizonte, donde se fundían dos azules de diferentes tonalidades. También era una sensación de peligro que podía controlar. Me metía hasta el pecho, como obligaba mamá, pero con las olas más altas que casi cubrían la cabeza y nadaba jugando a no hacer pie. Hasta que me hundía al fondo y salía de un salto.

Íbamos al mar todos los veranos, a la misma casa que nos alquilaban desde que yo era tan chiquito que no recuerdo. El primer día siempre era especial, me levantaba más temprano que nadie y esperaba y esperaba. Casi no desayunaba para poder meterme sin hacer la digestión. Entonces caminábamos esas cuadras, cargados con todo para no volver al mediodía: lona, sombrilla, heladerita, las viandas, el protector y las cartas para jugar al chinchón cuando anocheciera.

El mar estaba frío al principio, por eso corría para meterme lo más adentro posible, sin darme tiempo a

arrepentirme. Correr, correr y zambullirse. Y reírse y salpicar a cualquiera que no hubiera sido lo suficientemente valiente para acompañarme. Pero ese día, mi carrera tropezó contra una piedra, justo antes de tocar el agua. Agarrándome el pie con dolor la busqué, enojado. Era redonda y chata, de bordes suaves. La tiré al agua y seguí mi camino rengueando. El agua me pareció más fría que de costumbre, y mi mamá y mis hermanas aprovecharon para vengarse. Todo salpicado, y con la piel de gallina, me volví a la arena a hacer castillos para darle tiempo al sol a que me calentara de nuevo.

Al día siguiente corrí hacia el mar pero mirando hacia abajo, con cuidado. Entonces la vi. Exactamente en el mismo lugar. Frené y me agaché. No podía ser la misma piedra. ¿Sería una piedra similar, con la misma suavidad, idéntica forma y ese veteado gris sobre blanco? Tomé posición y llevé el brazo lo más atrás posible, medio inclinado para la derecha, traté de que mi brazo restallara como un látigo. Cinco, seis rebotes, y uno más, pequeñito al final. Estaba orgulloso de mi mismo, pero ¿a quién contarle mi hazaña?

Ramón Paez

Tercer día. Allí estaba. No había dudas, podría reconocer esa piedra en el farallón entre miles de otras piedras, aquí, única, no había manera de equivocarse. Empecé a investigar el fenómeno. Ese día la tiré lo más lejos posible. Tardó dos días, pero volvió a su lugar. La enterré, hondo, hondo en la arena. Durante una semana temí no volverla a ver. Pero el domingo relucía al sol. Especulé con las fuerzas de las mareas, con las corrientes oceánicas, otros niños con el cometido de retornar la piedra con el único objetivo de molestarme, dudé muchas veces de mis propios sentidos.

El último día del verano pensé en llevarla conmigo a la capital. Pero construí un gran castillo, con un foso alrededor y un puente para salir y torres en las esquinas y una gran torre en el centro. Lo dibujé haciendo líneas en la arena con un palito. Y arriba de todo puse la piedra.

Han pasado muchos, muchos veranos. El viento con arena como lija y las olas como martillos han producido poco efecto en la piedra. Si es posible, la han suavizado aún más. En mí, los años han ido pasando, algunos

felices y otros tristes. De la libertad del verano me queda la reposerá y los nietos. Ahora entiendo por qué volvía la piedra. Este lugar, a metros del terminar de las olas, abierto al sol y al viento, con un horizonte fundido de azul, es el mejor lugar en el mundo donde ver pasar la vida.

Ramón Paez

